EL PRINCIPIO DEL FIN.

La cuestion de Oriente se agrava sin que la diplomacia pueda ni resolverla ni aplazarla. El predominio de la política rusa aparece avasallador é incontrastable. Repuesta de sus humillaciones, libre en sus manejos, apoyada indirectamente por las victorias alemanas y las derrotas francesas, ha vuelto á su antigua tutela sobre los pueblos eslavos de Oriente. Dos enemigos podria encontrar en esta obra de restauracion, Austria é Inglaterra: ésta, á causa de sus tradicionales creencias respecto á la integridad del imperio otomano; aquélla, á causa del predominio húngaro en su Gobierno, de ese predominio tan opuesto á los eslavos y tan favorable á los turcos. Inglaterra no puede hoy lo que podia en 1855. Austria no tiene hoy la unidad de otro tiempo. Dividida en dos poderosas secciones, enseña con este ejemplo la division á sus innumerables vasallos y los prepara á la anhelada autonomía. Desde los eslavos de Bohemia hasta los eslavos de Iliria, sienten todos, á lo ménos todos cuantos piensan maduramente en la consaguineidad de estos

pueblos, dos pasiones : el ódio á turcos y húngaros, el amor á una confederacion estrecha fundada en la vívida idea de raza. Alemania bien quisiera expulsar al Austria de su territorio y darle los despojos del Imperio turco á fin de recabar sus ocho millones de alemanes y constituirla en la cabeza de los eslavos del Mediodía. Pero todo esto encuentra dificultades innumerables y confina en los límites donde comienza lo imposible.

Lo cierto es que aquella antigua alianza de los tres Emperadores del Norte, á la cual fiaban su paz y su estabilidad hasta los pueblos del Mediodía, pasa por graves peligros y toca en cercanas catástrofes. Tras muchas conferencias, las condiciones impuestas al Imperio turco en la cuestion de la Herzegovina tienen tal gravedad, que pueden llamarse el decálogo revolucionario de los eslavos en armas. Concesiones múltiples á los insurrectos, armisticios vergonzosos para el Sultan, autorizacion dada á quejas que se expresan por medio de la sublevacion, disposiciones atentatorias á la integridad del Imperio otomono y preñadas de nuevos conflictos; esto y mucho más contienen las condiciones ideadas en Berlin é impuestas á un poder tradicional é histórico herido en el corazon por poderes tradicionales é históricos tambien, creidos de que sirven á los transitorios intereses de su autoridad monárquica cuando en realidad sirven á los permanentes derechos de la revolucion europea. Inglaterra, ora por espíritu conservador, ora por apego á las tradiciones de la antigua política internacional, ha negado su adhesion á las proposiciones de la última conferencia, y el presidente Andrassy, al volver

á Viena, ha dicho que la guerra se habia aplazado, pero que sólo se habia aplazado por un año.

Y miéntras esto pasaba en los consejos de las tres potencias del Norte, sobrevenia caso gravísimo en la córte de Constantinopla. Háblase mucho de las perturbaciones que traen los sistemas democráticos, los sistemas electivos, y á estas perturbaciones se atribuye, para demostrar lo indemostrable, su inferioridad respecto al sistema monárquico, es decir, al sistema hereditario. Sin embargo, la sucesion cuesta en las monarquías mucho más de lo que cuestan las elecciones en las repúblicas. Dos grandes poderes se crearon casi á un mismo tiempo en Europa á la caida de los carlovingios ; el poder hereditario de la monarquía francesa y el poder electivo de la monarquía alemana. Pues al morir este imperio electivo se vió que las elecciones habian costado en Alemania cuarenta años ménos de guerra que las herencias en Francia. Casualmente esa Constantinopla ha sido teatro de grandes tragedias producidas por el derecho hereditario. Los retóricos anuncian á Constantino, cuando apénas acaba de fundarse el Imperio de Oriente y denominarse su capital Constantinopla, que reinará largos años en su descendencia. Y esta profecía se desmiente por los hechos. Cuando otro gran Emperador sube al trono, el Emperador Theodosio, la retórica vuelve á sus promesas pomposas y la sociedad á sus destronamientos periódicos, como lo demuestran la triste suerte de Valentiniano y de Graciano. En el siglo VIII parecia definitivamente fundada la monarquía hereditaria. Al Emperador Leon, tercero de los Isaurios, le piden que asocie su

primogénito al Imperio, que lo bendiga en Santa Sofía, que lo corone en el circo, que le decrete pomposos triunfos, que lo lleve á recibir los homenajes de todo el pueblo, que lo asiente á su lado sobre el trono, y cuando cumplidas todas estas ceremonias, creeríase realizada la trasformacion, el heredero ungido por la Iglesia y aclamado por las muchedumbres cae desde las vertiginosas alturas á los calabozos y muere, ¡él! que se imaginaba ya un Dios, como pudiera morir un perro. Dejemos á un lado todas estas consideraciones, pero no sin decir, como resulta del estudio atento de la historia, que no se evitan las guerras civiles por pasar de las instituciones electivas á las instituciones hereditarias, pues Roma, al convertir su República en Imperio, alcanzó una paz relativa y precaria sostenida durante algun tiempo, gracias al astuto Augusto, pero bien pronto turbada con asonadas sin número, guerras sin término, sublevaciones de las muchedumbres por cambiar de amo, batallas en las calles, asesinatos en el Palatino, imposiciones de los ejércitos, anarquía en las provincias, fraccionamiento de la autoridad, cínica division del poder, escándalos como el sacar la púrpura á pública subasta, catástrofes como la venida de los bárbaros, los cuales llegaron á infligirle merecidísimos castigos, consumando su ruina decretada inapelablemente desde el nefasto dia en que se arruinó la libertad.

El Imperio turco no es tan absoluto como generalmente se cree y como á primera vista parece. El Koran le puede limitar con el freno de una ley escrita. La costumbre viene luégo á ampliar todas las reglas más ó ménos exactas y claras relativas al Imperio y á la sucesion

legítima en el Imperio. La costumbre y la ley habian querido que la sucesion no fuera como un mayorazgo trasmisible de padres á primogénitos, sino del posesor al varon de más años en la familia. Así debia heredar la monarquía turca no el hijo, el sobrino del Sultan, hijo mayor de uno de sus hermanos. Pero Abdul-Aziz, el sultan reinante, vió con disgusto tales costumbres y pensó cambiarlas en favor de su primogénito, para que éste heredára á la europea usanza. Penetrado de la injusticia que cometia despojando á un heredero legítimo de derechos traidos por su nacimiento y afirmados por las tradiciones y las leyes, se propuso atormentar al mismo á quien despojaba, y lo encerró en vasto palacio, y lo privó del trato con las gentes, y lo tuvo en largo cautiverio, recelando que provocase una guerra civil y rescatára con sangre el derecho arrebatado por la fuerza. En esto comprometióse á venir á París, con motivo de la Exposicion Universal, y trajo consigo á su sobrino, como si fuese su sucesor, para ocultar que era en realidad su prisionero. Tendria á la sazon Murad veinticuatro años, y ya languidecia de pena en su encierro y adivinaba su desgracia. Llegado á París, creyóse libre como el esclavo asiático ó africano al tocar las playas de los pueblos europeos. No sabía el infeliz que su cadena pesaba mucho, porque su cadena se llamaba la razon de Estado. En vano trató de apiadar á los poderosos; en vano de tener una entrevista con el Emperador frances; en vano de pedir á las leyes ó las armas europeas su emancipacion; el terror que siempre ha inspirado la cuestion de Oriente ahogó todos los impulsos generosos, y el que

estaba llamado á asentarse entre los soberanos de Europa, la atravesó sin respirar aquel aire más vital y más codiciado que el aire de nuestra atmósfera, la deseada libertad. Vuelto de nuevo á los dominios de sus padres, una barca lo recogió, unos carceleros le acompañaron, y atravesando las aguas del Bósforo, encerróse en su durísimo cautiverio, reducido á soportar con impotente rabia su inmerecida desventura. ¿No veis cómo jamas cambia la vida asiática? Este sultan implacable, este heredero perseguido, este cautiverio en apartado palacio, estos recelos del déspota, estas desgracias de la víctima, recuerdan aquellos últimos dias del Califato de Occidente en que un sultan, por nadie visto, de nadie conocido, languidecia entregado á las odaliscas, sin saber dónde llegaban sus derechos, sin medir la extension ni la grandeza de su reino, vil juguete unas veces de sus berberiscos y otras de sus esclavos, siempre de sus guardias, aparecido al pueblo en la aljama cordobesa si la sultana ó el eunuco necesitaban de su prestigio y de su nombre y de sus fuerzas; desaparecido en cuanto no hacía falta hasta hundirse en tal menosprecio que resulta imposible hoy preguntar á la historia el sitio y la hora de su muerte.

Pero ninguna de las injusticias cometidas con el sobrino hubieran perdido al Sultan, á no perderse él mismo. Dormido en el profundo sueño de la materia, entregado á un sensualismo sin igual, indiferente á las ideas, fiado en su estrella como buen fatalista, ignorante del estado de su Imperio y del propio tristísimo estado, Abdul-Aziz empleaba los tributos en su regalo, el tiempo

en su haren, la vida en sus goces, las escuadras en traerle plantas raras á sus jardines orientales y brutos costosísimos á su casa de fieras, pasando del lecho al plato, del plato al sueño, como un Baltasar ó un Sardanápalo, como todos los predestinados á perder los grandes Imperios. Miéntras que devoraba sus manjares, y dormia ó roncaba en brazos de sus favoritas, y miraba pasar los años al són de los cantares de su serrallo; el Imperio se caia á pedazos; el Egipto compraba en oro sonante su independencia; la Rumanía conseguia hasta admitir representantes extranjeros y hasta pactar tratados de comercio; Creta se incorporaba para sacudir sus pesados hierros; Grecia movia la esperanza de las provincias componentes de su antigua nacionalidad aun marcadas con la media luna; los principados danubianos se convertian de feudatarios en enemigos; los tratados de París se rompian y los barcos rusos entraban á velas desplegadas en las aguas del mar Negro; la Herzegovina se sublevaba y el imperio de Osman se caia á pedazos, perdiéndose en irremediable naufragio.

Así, en los últimos dias todo anunciaba una revolucion. Los discípulos de las madrisas ó escuelas, más industriados en la cosa pública que el resto de los musulmanes, se congregaron, miéntras en el Norte se discutia sobre la suerte del Califato, y llevaron al sordo Califa sus amargas quejas. Pero Abdul-Aziz, que habia dejado amontonarse la tempestad en torno de su trono, estaba imposibilitado para conjurarla como para preverla. Entónces le pidieron que á lo ménos entregase su tesoro privado al Tesoro público, para que pudieran vestirse y

racionarse las tropas desnudas y hambrientas. Pero el Sultan se negó á esta demanda. Y al negarse le pasó como á Tiberio, como á Calígula, como á los déspotas más abominables; una revolucion palaciega le derribó en su santuario. Los mismos ministros que habia nombrado, le intimaron que estaba destronado. La misma guardia en que fiaba cumplió la órden de los ministros, como los verdugos cumplen las sentencias de los jueces. El telégrafo oficial anunciaba que se habia guarecido en seguro buque inglés el dueño absoluto de Turquía. Pero la conciencia pública no quiso creerlo. Instintivamente adivinaba que al destronamiento acompañaba otro crímen, y que el sable de Osman no se caia de manos del Sultan sino con la pérdida de su existencia. Así á los pocos dias se anunció que habia recurrido al suicidio, noticia más inverosímil todavía que la fuga á un barco inglés. El Sultan ha sido, segun la voz pública, asesinado en su palacio. Aquel carácter frio estubo incapacitado para elevarse súbitamente á la altura de Bruto y de Caton. Luégo, en la historia de Oriente son frecuentísimas estas catástrofes. Bayazeto II, hijo de aquel que conquistó á Constantinopla, fué depuesto del trono y envenenado por su hijo Selim; Mustafá I, el idiota á quien los ulemas querian acreditar de santo, y que se entretenia en cebar con áureas monedas á los peces del Bósforo, pereció á manos de los genízaros; Ibrahim, criado en el serrallo, y que á la hora de subir al trono rechazó el sable de Ostman, como Wamba el cetro de los godos, tambien sufrió deposicion violenta y violenta muerte; Mahomet IV, hijo de Ibrahim, exaltado desde la cuna al solio, tuvo

la misma tristísima suerte de su padre, á causa de haber atribuido los turcos á su mala estrella grandes victorias de los polacos; Mustafá II, en cuyo tiempo se reveló á Europa la incurable impotencia del Imperio otomano humillado por Pedro el Grande, anunció á su propio sucesor la aclamacion de las tropas en su pro y le entregó la eclipsada autoridad de los califas; Selim III, que al comenzar nuestro siglo llegára al trono con ideas de reformas, pasó del trono nuevamente al serrallo, y en el serrallo le descabezaron, como á tantos de sus predecesores, las rivalidades engendradas en los santuarios del despotismo; Mustafá IV, su triste sucesor, por una rebelion fué levantado y por otra rebelion destronado; imágenes vivas todos ellos de la incierta suerte á que el poder está sujeto cuando no se vivifica y anima en el aire purísimo de la libertad.

Como tantas veces ha sucedido entre los turcos, el prisionero oculto en los serrallos y olvidado del mundo se ha puesto á la cabeza del Imperio, exaltado de súbito, desconcertando todas las previsiones humanas y sorprendiendo todos los ánimos, cual por súbita intervencion del mismo Dios, con el desenlace de la pavorosísima tragedia. Murad, ayer aherrojado, aborrecido, celado, se levanta hoy exaltadísimo, aclamado, popular, llevando al trono las tristezas de su amarga prision unidas á la natural melancolía que engendra siempre el despotismo. Las gentes se regocijan, y los anuncios de grandes prosperidades se suceden. El riquísimo tesoro particular de su antecesor entra en el exhausto Tesoro imperial. Las mil doscientas mujeres que componian el serrallo reco-

bran la libertad como avecillas despedidas de áurea pajarera. Las costumbres y las leyes turcas se reforman en progresivo sentido. Una tolerancia, propia de nuestro siglo, abre los brazos á los sectarios de todas las religiones en que el Oriente se divide. Las quejas de los insurrectos son escuchadas; las notas de las potencias suspendidas. El armisticio se prepara y la reconciliacion de los insurrectos con su señor se anuncia. Hasta una constitucion aparece entre los arreboles de tantas ilusiones, y un Parlamento surge en las playas infestadas por la esclavitud de serviles razas. El ángel exterminador que vibraba su espada de fuego y traia consigo los horrores de la guerra, huye á los conjuros del jóven monarca educado á la manera asiática y resuelto á seguir en el gobierno las usanzas y las tradiciones europeas.

Todas estas noticias vuelan de periódico en periódico, obteniendo el crédito vulgar que suele prestarse á todas las esperanzas, pero sin convencer ni persuadir á los ánimos serenos, conocedores de los verdaderos resortes cuyo movimiento impulsa al Imperio turco. Su mal mayor proviene hoy de lo mismo que en otro tiempo constituyera su autoridad y su fuerza. Vaciado en el molde estrecho de una ortodoxia intolerante, no puede entrar en el espíritu moderno sin salir de esta ortodoxia, y no puede salir de esta ortodoxia sin destruirse á sí mismo. La grandeza de Dios le ha revelado leyes á las cuales no alcanza la poquedad de los hombres. Para entrar desde la fe en el libre exámen, desde la obediencia pasiva en el derecho moderno, desde el serrallo en la Asamblea, necesitarian quemar el libro donde se encierran sus consuelos eternos y sus eternas esperanzas. No les pidais á las teocracias dirigidas por mandamientos divinos obediencia á los cálculos humanos. Inmóviles como el dogma, prefieren á la transformacion la muerte. Y el Imperio turco preferirá morir á transformarse. Hay algo en la suerte y hora final del Imperio turco de lo que hubo en la suerte y hora final del Imperio griego. Tras cinco siglos se reproduce la misma tragedia con iguales catástrofes. El inmenso Imperio ruso rodea á Turquía como el inmenso Imperio turco rodeó á Bizancio; los pueblos eslavos, unos tras otros, van cayendo bajo la política moscovita, como en aquel tiempo caian bajo la cimitarra mahometana; el Occidente se conmueve y no puede acudir en socorro de la Constantinopla coronada por la media luna, como se conmovió en el siglo décimo quinto y no pudo acudir en socorro de la Constantinopla coronada por la cruz de Santa Sofía; una ortodoxia intransigente impide al Imperio turco transformarse y admitir los consejos de las potencias europeas, y otra intransigente ortodoxia impidió á la Iglesia griega su armonía con la Iglesia latina, y por consiguiente la transformacion necesaria á su salud y á su vida. ¿Estará destinado el jóven Murad V á reproducir el heroismo inútil del último Constantino y á morir en el mismo sitio consagrado por la victoria del gran fundador de su Imperio, como el último Emperador griego dejó la cabeza en la misma soberbia columna erigida como imperecedero monumento por el ilustre fundador de Bizancío?